

## LA FIGURA DEL MIGRANTE EN DOS AUTORES

### DE LA GENERACIÓN DE MEDIO SIGLO:

#### LUIS SPOTA Y CARLOS FUENTES

Alejandra Sánchez Valencia\*

Dos autores de la generación de Medio Siglo como Luis Spota y Carlos Fuentes tienen en común la figura del migrante mexicano en los Estados Unidos. En el caso de Spota, *Murieron a mitad del río*, escrita en 1948, resulta ser una novela de carácter testimonial en tanto tuvo la experiencia de ser un indocumentado; mientras que en Fuentes *La frontera de cristal*, novela armada en 9 cuentos y publicada en 1995, nos presenta un abanico mucho más grande con énfasis en quien viaja para trabajar documentado.

Pese a los 47 años de distancia que median entre una y otra obra, ambas comparten un interesante entretejido de constructos temáticos en torno a la experiencia del hombre joven que se ve en la necesidad de ir a laborar a los Estados Unidos. A lo largo de este ensayo pretendo demostrar que pese a la aparente lejanía cronológica de las obras, tanto Fuentes como Spota presentan una visión bastante afín respecto al país expulsor (México), el papel que desempeñan las clases sociales y la apariencia física de quien viaja; el imaginario respecto a los Estados Unidos que construyen los personajes que cruzan la frontera (de manera legal o ilegal), la paridad del dólar y la multiplicación de los bienes materiales; mientras que los dos autores presentan divergencia (aunque también

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

puntos de contacto, levemente matizados) en la manera en que abordan las temáticas colaterales a la figura del migrante, es decir, en la manera en que éstos imaginan su relación con las mujeres norteamericanas, lo que ocurre, y el lugar en el que quedan ubicadas las mexicanas.

La idea de una jerarquización entre los migrantes no es nueva, Alexis de Tocqueville respecto a su experiencia en los Estados Unidos nos señala en *Un perfil de Norteamérica*, que si bien es cierto que el gran hipotexto de las diásporas es *La Biblia*, donde los judíos se saben el pueblo elegido (los hijos de Abraham, las tribus de Israel) y actúan de acuerdo a tal convicción; él visualiza dos categorías de viajeros en las subsecuentes migraciones del mundo: los que huyen y son pobres, en quienes la “vergüenza” es palpable, y aquellos otros que parecerían una total ganancia para el país receptor pues se trata de los que han decidido abandonar las comodidades y privilegios de los que gozaban en su país para luchar por un ideal. (Baste recordar a los peregrinos del *Mayflower* y cómo hasta la fecha son motivo de orgullo y ejemplo migratorio).

En el caso de Luis Spota, quizá debido a la propia experiencia que tuvo como “mojado” antes de escribir *Murieron a mitad del río* y tratándose de una situación muy particular vivida en sus años de joven adolescente al migrar a Tampico en busca de independencia y con el fin de poder ganarse la vida; atomiza la información a un único tipo de migrante, el que resulta ser un incondicional del nuevo sistema laboral y busca oportunidades de empleo que en su país le son negadas.

En un estilo más bien periodístico, Spota va creando una atmósfera de desolación y crimen a lo largo de la novela: historias de robos, asesinatos, ultrajes y racismo (en su más exacerbada práctica como es la del Ku-Klux-Klan) de los que prácticamente nadie se salva en cualquier lado que se esté de la frontera. En Fuentes, sin embargo, observamos que el fenómeno migratorio es mucho más complejo que una cuestión de amistad entre las naciones (como señala el personaje José Paván en *Murieron a mitad del río*) y que la clasificación del

migrante es mucho más extensa que la dicotomía planteada por Tocqueville.

En el preámbulo escrito por Spota señala que Bruno Travén, en unas líneas autógrafas, le hizo hincapié en que: “Es mejor vivir antes de escribir. El talento y la imaginación pobremente reemplazan a la realidad”.<sup>1</sup> La advertencia del autor es que no fue necesario hacer uso de ésta debido a que la realidad misma le sirvió como base para el libro: él fue un “mojado” y ello lo faculta a dar testimonio de la experiencia por lo que conmina al lector a seguir una historia real, actual, pero también repetitiva en múltiples generaciones:

He querido reseñar la historia de unos cuantos mexicanos que se embarcaron en la aventura de cruzar la frontera, en busca de dólares. Cruzarla sin papeles, ilegalmente, por supuesto. Sin embargo, la angustia, el dolor, la ira, las alegrías, los golpes que ellos reciben, no son particulares suyos. Pertenecen también, en odiosa multiplicación, a los que llegaron antes o allí permanecen: casi trescientos mil hombres, en península humana de su patria.<sup>2</sup>

Aparece después, en cursivas, otro testimonio de autenticidad de la historia firmado con las iniciales J.P., es decir José Paván, personaje central de la obra:

Lo que aquí se narra es auténtico. Lo he vivido personalmente y puedo dar fe de ello. Conozco los campos de Texas y los he trabajado, de Brownsville a Corpus Christi. En dos ocasiones crucé el río Bravo sin papeles, como lo hacen, cada noche, cientos y cientos de hombres a todo lo largo de la frontera líquida que separa México de Estados Unidos —de Matamoros a Ciudad Juárez.

Trabajé en los Fresnos, Puerto Isabel, San Benito, Raymondville, emporios del Valle Mágico —el más grande campo de concentración, quizá, del mundo—. Esta es la primera vez que se hablará, con la crudeza del que

<sup>1</sup> Luis Spota, *Murieron a mitad del río*, p.11.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

no tiene que cuidar un puesto diplomático o consular, de un problema que los gobiernos de dos países —el de México, el de Estados Unidos— no desconocen pero que no han querido, o no han podido, resolver con valor y decisión.

Con amistad, que es lo único que se necesita. Y que es lo que parece faltar. He cruzado el Bravo; he sido, por cincuenta semanas, un *wet-back*, como le dicen “del otro lado”: un mojado. Pero siempre, como cientos de miles de hombres salidos de México igual que yo, un paria sin defensa, un ilegal propicio a recibir palos y vejaciones; un hombre civilmente muerto.

Y he visto que, en Texas, ser mexicano no es una nacionalidad sino un oficio. El peor, y más despreciable de todos. J.P.<sup>3</sup>

La advertencia está hecha y la atmósfera creada, se hablará con crudeza, no hay “ningún puesto diplomático” que cuidar y de manera sucinta se dibuja la geografía que aparecerá a lo largo de la novela, toda ella concentrada en los campos de cultivo texanos de las localidades mencionadas. Se sientan las bases, por otra parte, de lo que por mexicanidad ha de entenderse, el más despreciable de los oficios, es decir la etiqueta que según Paván los anunciará como trabajadores y no como personas con identidad, a diferencia de lo que sucede en el cuento siete que ostenta el título de la obra misma *La frontera de cristal*, donde “Mexican”, la nacionalidad de Lisandro Chávez tiene mucho más peso que su propio nombre. Él, un trabajador documentado que viaja a la ciudad de Nueva York cada fin de semana para prestar sus servicios, se encarga de limpiar las ventanas de un rascacielos de cristales. Es ahí donde contacta visualmente a una ejecutiva norteamericana dedicada a la publicidad de la Pepsi; cada uno imagina al otro con los mejores y más nostálgicos elementos que desearían en una pareja en plena época navideña y en el momento en que Audrey anota su nombre con el lápiz labial en el cristal y pide a Lisandro que él también le diga el suyo, éste piensa que es demasiado largo y nada convencional:

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 13.

Ella escribió su nombre en el cristal con su lápiz de labios. Lo escribió al revés, como en un espejo YERDUA. Parecía un nombre exótico, de diosa india.

Él dudó en escribir el suyo, tan largo, tan poco usual en inglés. Ciegamente, sin reflexionar, estúpidamente quizás, acomplejadamente, no lo sabe hasta el día de hoy, escribió solamente su nacionalidad, NACIXEM.<sup>4</sup>

La mexicanidad, entonces, aparece como un primer apelativo capaz de engullir al individuo que lo ostente, un ser que en su individualidad se desvanece pero que deja huella a nivel colectivo. Al que se contrata, despide o denuncia es al “mexicano” y quien deja el recuerdo tan cristalino como un beso de lo efímero en el ventanal del piso 40, es también un “Mexican”, de hecho un “NACIXEM”, un ser reiventado, reimaginado y recordado... Cada autor, Spota por un lado y Fuentes por otra, muestran la diametralidad en significado sobre un mismo significante.

*Murieron a mitad del río* se encuentra dividido en tres grandes apartados e inicia *in medias res*; José Paván, personaje principal, se encuentra acompañado de sus amigos Luis Álvarez, Lupe Flores y Cocula, en el momento de querer cruzar el río Bravo en Matamoros para dirigirse a Brownsville, Texas. En el intento sólo tres de ellos, en apariencia, logran entrar a los Estados Unidos. Cocula, el “maricón” del grupo, es abandonado a su suerte por haberse retrasado en el intento de cruzar y poner al grupo entero en peligro de ser descubierto.

Spota crea una atmósfera amenazante, oscura y asfixiante en ese mundo fronterizo cuya única luz es la que los “mojados” reciben de los reflectores nocturnos que ponen en evidencia que los guardías llevan a cabo su labor de vigilar la línea divisoria. Matamoros queda dibujado como un lugar miserable y propicio a los vicios; se habla de la calle polvosa, los ladridos de un perro y la viveza de los cafés, cervecerías,

<sup>4</sup> Carlos Fuentes, *La frontera de cristal*, p. 211.

cantinas y “dancings” como primera puerta a los prostíbulos de “este lado de la frontera”. Esta desoladora escena del lado mexicano sirve para contrastar el imaginario creado por los personajes respecto a dos geografías y dos mundos: México y Estados Unidos.

En la reflexión de José Paván se muestra una analepsis que pone de manifiesto lo que por mexicanidad se puede entender: desconfianza y brutalidad, pues en palabras de Pancho Orozco (el pollero que los asesora para cruzar el Bravo) lo primero que deben hacer es cuidarse de los “pateros” (lancheros que transportan migrantes de un lado a otro del río) y de la policía mexicana, que coludidos con los primeros, son capaces de hacerse de la vista gorda e ignorar que aquellos asaltaron e incluso ahogaron a sus clientes, so pretexto de repartirse el botín a la mitad.

Texas es únicamente la puerta para la gran aventura, el objetivo en realidad es Nueva York (lugar al que nunca llegan) y tres las grandes aspiraciones: contar con un empleo (situación que México no puede ofrecer tal cual desean los amigos), ganar un salario decoroso que se multiplique en abundancia respecto al peso mexicano y establecer relaciones sentimentales (o más bien sexuales) con las “güeras” que encuentren en su recorrido. Ninguno de ellos habla inglés ni tiene mayor instrucción académica que la de José Paván, que no pudo proseguir con sus estudios de bachillerato porque en casa urgía el dinero para mantener a la familia.

Desde las primeras páginas se aprecia que esta obra testimonial con narrador heterodiegético apuntala a ser un *bildungsroman* o novela de formación, pues la mujer de Pancho Orozco advierte a los cuatro jóvenes antes de partir: “—Van a sufrir. Se harán hombres (...), sin dirigirse a nadie en particular”,<sup>5</sup> lo que adelanta que tras la estadía al otro lado de la frontera, el héroe retornará investido de una identidad reacomodada tras la experiencia de ser un “mojado”.

<sup>5</sup> Luis Spota, *op. cit.*, p. 25.

En las primeras páginas también es posible apreciar el imaginario del grupo de amigos respecto al país a donde emigran: “(*Luis y Lupe*) como él (*Paván*) tenían los ojos de la mente puestos en el otro lado, en la orilla americana tupida de pastos, en la tierra ocre de Texas, del Valle (*sic*) que necesitaba de sus brazos en la misma forma en que ellos necesitaban de los dólares”.<sup>6</sup> Además, en esa recreación de las bondades al otro lado de la frontera también es posible hacer un contraste entre un “nosotros” y “los otros”:

—Sobra trabajo —discursó Paván—. En cualquier rancho siempre tendrán algo. Y pagarán bien. El gringo sabe pagar. No es como nosotros, que regateamos, que desconfiamos.

Allá, en algún segmento de la oscuridad, Lupe Flores soñaba. Nueva York, Chicago... Podría contar mucho a su vuelta. Quizá hasta comprara un auto, una chamarra con forros de seda. Y todas las muchachas güeras con las que se iba a acostar. (...) <sup>7</sup>

Fue en un pueblo adelante de Monterrey, cuando los amigos se dirigían a la experiencia fronteriza, que uno de los lugareños preguntó:

— ¿Para qué van tan lejos? Si quieren trabajo aquí pueden encontrarlo... en su tierra.

Pero ellos esgrimieron un argumento contundente:

— Aquí son pesos. Allá son dólares...

— Es lo mismo: dinero, centavos.<sup>8</sup>

Será necesario que el grupo viva la experiencia de formación para llegar a la conclusión del anciano “Es lo mismo: dinero, centavos”. ¿Cuál era el problema en México? Las oportunidades laborales existían pero mal remuneradas y Paván lo

<sup>6</sup> *Ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 36.

sabía pero imaginaba una vida diferente al otro lado de la frontera: “(...) Pudo haber encontrado empleo en la carretera, en Tampico, en cualquier sitio. Pero estaba allí sólo porque consideraba que México era demasiado estrecho, pequeño, familiar. Porque creía que pagaban mal y no lo suficiente para ganar, en poco tiempo, todo lo que él ambicionaba”.<sup>9</sup>

En el imaginario compartido nos encontramos con que ambos autores perciben a México, el país expulsor, como un país de promesas fragmentadas, de sueños inconclusos, de gobiernos atrofiados... Debido a la distancia cronológica entre una y otra novela, los momentos históricos y políticos son diferentes, en la de Spota se hace referencia a la época de Miguel Alemán y el supuesto bienestar económico que en realidad sólo fue posible para unos cuantos; en la de Fuentes se toca el salinismo y el Tratado de Libre Comercio.

Si revisamos otras obras escritas antes, entre o después de estos autores, parece que el tratamiento a la figura del migrante es una constante entre los escritores mexicanos, pensemos en José Vasconcelos en *La tormenta*, Carlos Monsiváis “Los chicanos” en *The Zoot Suit Riots*, Octavio Paz en el *Laberinto de la soledad*, cuyo interés radicó fundamentalmente en las cuestiones de identidad, mexicanidad, pochismo y pachuquismo; mientras que en otros como José Emilio Pacheco en *Las batallas en el desierto* y Miguel Méndez en *Peregrinos de Aztlán* se manifiesta una velada queja social: se emigra por falta de oportunidades, porque socialmente existen grandes desigualdades... y todo ello hace pensar en el recurrente discurso político que en realidad hace a un lado factores que no tienen que ver directamente con la “falta de oportunidades”, sino más bien con una cuestión de tradición generacional.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 36

<sup>10</sup> Recomiendo la lectura de López Castro, Gustavo. *La casa dividida: Un estudio de caso sobre la migración a Estados Unidos en un pueblo michoacano*. Zamora, El Colegio de Michoacán. México, 1986.

Fuentes hace un manejo mucho más rico de la figura del migrante y al tratarse de 9 cuentos hay oportunidad de atisbar en todo un repertorio de éstos: los que paradójicamente no emigraron porque siempre estuvieron “en su territorio” pero no siempre bajo la misma jurisdicción, ni con la misma lengua, pues debido a cuestiones políticas se encontraron con que el norte de la República Mexicana era ya el suroeste norteamericano (El tratado Guadalupe-Hidalgo en 1848),<sup>11</sup> el “mojado”, el “self-made man” como Leonardo Barroso que llega a ser un empresario importante, el “matón” que trafica en la frontera y tiene oportunidad de ir y venir por el puente, el

<sup>11</sup> Sugiero revisar dos de las mejores sistematizaciones hechas por historiadores chicanos respecto a las generaciones con ascendencia mexicana pero que radican en los Estados Unidos: Álvarez, Rodolfo. “The Psycho-historical and Socioeconomic Development of the Chicano Community in the United States” en *Social Science Quarterly*, 53. (March): 920-42, 1973, o bien el de Cuéllar, “Perspectivas políticas” en Moore y Cuéllar, J.A. *Los mexicanos de los Estados Unidos y el movimiento chicano*. FCE. México, 1972. El primero habla de 4 generaciones: primera o de creación (alude al territorio mexicano perdido en 1848); segunda o migrante (debido a las turbulencias políticas en México, particularmente la Revolución Mexicana; tercera o México-americana, donde los descendientes de mexicanos se sienten más norteamericanos, hay permeabilidad social, participan muchos en la Segunda Guerra Mundial y hay una movilidad del campo a la ciudad; la cuarta o chicana tiene lugar en 1960 y es la auto-denominación que se da al tomar una postura política de sentirse y actuar diferente tanto de los mexicanos como de los norteamericanos, la lucha es por mejores oportunidades sociales. Cuéllar, sin embargo, reconoce tres generaciones únicamente: la primera de 1847-1920, donde la comunidad de origen mexicano en los Estados Unidos es apolítica, la segunda (1920-1940) donde la comunidad, en particular los sectores de la clase media se identifican con el “American Way of Life”, la tercera de 1940-1960/70 donde hay mayor capacidad de organización y se ejerce el sufragio para aspirar a los puestos electorales; finalmente reconoce un cuarto periodo (aunque no se atreve a llamarlo generación) a partir del movimiento chicano, que se caracteriza por el desengaño de saberse únicamente acomodado y no asimilado, en que se cuestiona su existencia y oportunidades en los Estados Unidos y promueve la actividad política.

nacido allá que gusta de escribir poesía<sup>12</sup> y las trabajadoras de la maquila. Una vez más, es en el cuento 7 “La frontera de cristal”, donde resulta más palpable la visión respecto a México, país de crisis económicas, deudas y quiebras, donde cada sexenio había que prepararse para una nueva tragedia.

El narrador heterodiegético, una vez que Lisandro Chávez ha abordado el avión para ir como trabajador legal a los Estados Unidos durante los fines de semana, nos advierte: “No quiso mirar hacia abajo porque temía descubrir algo horrible que quizás sólo desde el cielo podía verse; ya no había país, ya no había México, el país era una ficción, o más bien un sueño mantenido por un puñado de locos que alguna vez creyeron en la existencia de México”.<sup>13</sup> ¿Cómo se percibe Lisandro en el papel de migrante documentado que ahora tiene? Las aspiraciones que tuvo su familia fueron de una clase media acomodada y por consiguiente él dio por sentado que tales proyectos se harían realidad. Empero, lo que él vivía le parecía una gran ficción, la vida de “otro”, no la de él y ya en el momento de cruzar la frontera en un avión simplemente cerró los ojos para reflexionar: “(...) ¿Qué hago yo aquí? Yo no debía estar haciendo esto. Éste no soy yo”.<sup>14</sup> Entonces, ¿quién es? El mexicano de los sueños fragmentados:

Yo —el que no estaba allí— había tenido otras ambiciones y hasta la secundaria su familia se las pudo fomentar. La fábrica de gaseosas de su padre prosperaba y siendo México un país caliente, siempre se consumirían refrescos. Mientras más refrescos, más oportunidades para mandar a Lisandro a escuelas privadas, engancharse con una hipoteca

<sup>12</sup> Al igual que en obras de otros autores como *The House on Mango Street* escrita por Sandra Cisneros, *Fault-line* de Sheila Ortiz Taylor o *Peregrinos de Aztlán* de Miguel Méndez, hay un personaje que gusta de escribir o tiene el alma de poeta, una manera de ser libre por medio de la escritura.

<sup>13</sup> Carlos Fuentes, *La frontera de cristal*, p. 191.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

para la casa en la Colonia Cuauhtémoc, pagar las mensualidades del Chevrolet y mantener la flotilla de camiones repartidores. Ir a Houston una vez al año, aunque fuera un par de días, pasearse por los *shopping malls*, decir que se habían internado para su chequeo médico anual... Lisandro caía bien, iba a fiestas, leía a García Márquez, con suerte el año entrante dejaría de viajar en camión a la escuela, tendría su propio Volkswagen...<sup>15</sup>

La pesadilla sexenal opera en el momento en que los dueños de las microempresas no tienen dinero suficiente ni para pagar los créditos adquiridos en dólares ni para afrontar los gastos de la hipoteca o la mensualidad del auto; parecería que el énfasis radica en la cuestión económica pero la denuncia va por el lado de la confianza traicionada. ¿Para qué tener planes y un estilo de vida? ¿Para qué elegir una ocupación si más adelante tendrá que realizarse un trabajo como mera supervivencia?:

(...) ahora qué trabajo voy a hacer, se decía su padre caminando como espectro por el apartamento de la Narvarte cuando ya no fue posible pagar la hipoteca de la Cuauhtémoc, cuando ya no fue posible pagar la mensualidad del Chevrolet, cuando su madre tuvo que anunciar en la ventana SE HACE COSTURA, cuando los ahorritos se evaporaron primero por la inflación del 85 y luego por la devaluación del 95 y siempre por las deudas acumuladas, impagables, fin de escuelas privadas, ni ilusiones de tener coche propio, tu tío Roberto tiene buena voz, se gana unos pesos cantando y tocando la guitarra en una esquina pero todavía no caemos tan bajo (...)<sup>16</sup>

En *Murieron a mitad del río*, casi al final de la novela los personajes vuelven a reflexionar, junto con otros, qué los llevó a Estados Unidos y cómo ven la situación del país expulsor, es decir, México. A diferencia de una clase social media con aspiraciones empresariales y cierto status educativo,

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 192.

aquí observamos a la comunidad agrícola, endeudada una y otra vez con el gobierno, sin poder aspirar a una mejor calidad de vida:

— ¿Por qué viniste, entonces?

— ¿No te digo? Por avorazado y por maje. Allá tengo una tierrita. Un ejido y mis gentes. *Gabriel*, mi muchacho, anda de concripto. Por lo menos se hará hombre, joven. Pero apenas sacaba pa los frijoles de la chamacaza. Tengo siete y todos tragan como zopilote flaco. Y un día se me clavó entre ceja y ceja que en los Estados Unidos el que no gana es un tarugo. Y me vine. ¿Y qué he ganado? Ni agua, pues.

— Tu tierra... allá.

— ¡Mi tierra! —gruñó Inocencio—. ¡Qué le saco! Nadita. Cuando va bien te quitan la cosecha porque debes todo, en puras deudas con el banco; siempre anda uno endrogado...

— ...Después de todo, uno no tiene la culpa. Uno tiene, pues, que ganarse la tortilla como puede y donde la *haiga*. La culpa es del gobierno que te pica con gorguz, que te avienta *pa' cá*, a conseguir lo que allá no puedes... ¡No de uno!<sup>17</sup>

La reflexión de Paván, aquella no expresada al grupo nos permite conocer el pensamiento del autor respecto a México y la comunidad migrante. ¿Tenía sentido, acaso, puesto en balanza la diferencia entre ganancia y pérdida? Paván se hallaba en prisión y próximo a retornar deportado a México. ¿Significaba algo para él? Si el recuerdo es de constantes vejaciones y malos tratos en los Estados Unidos, lo único rescatable fue haber sido amante de Leslie y que al haber estado en prisión norteamericana se sintiera protegido de la propia policía mexicana:

Había venido, había sufrido, ¿para qué? ¿Qué ganaba? ¿Qué otra cosa sino el vacío y la desesperación llevaba en las manos? ¿Para qué, des-

<sup>17</sup> Luis Spota, *op.cit.*, pp. 203-204.

pués de todo, venía a Texas toda esa mexicanada? ¿Dónde estaban los cerros de dólares que entrevió al emprender la aventura? ¿Sólo conservaba de todos esos meses, recuerdos físicos: cicatrices que podrían fijar el itinerario de su experiencia?

Iba ahora de regreso: apaleado, insultado, explotado. ¿Había servido de algo su hambre? ¿Y todavía allí en ese mismo camión, había quien ansiara escapar para volver a Texas, a algo de lo que aún no salía!<sup>18</sup>

¿Y la visión de las mujeres mexicanas cuya familia entera se encontraba cada día entre uno y otro lado de la frontera? De esas familias en las que todo había empezado por el abuelo y entre la descendencia podían contarse historias de los que “la hicieron” o “no la hicieron” y el resentimiento de las que a pesar de su ambición y disciplina, de cambiarse el nombre de Margarita en Chihuahua y “Margie” en El Paso, de quien no hablaba español para no ser tratada como mexicana, pocha o chicana, a final de cuentas debía regresar a México cada día para trabajar en la maquila. ¿De qué se trataba? ¿De cuestión de suerte?:

(...) ¿y de qué le había servido?, parada allí en la frontera, esperando pasar entre este margallate de la manifestación que todo lo había interrumpido, ansiosa por largarse de México cada noche, aburrida de cruzar pa Juárez todas las mañanas entre armazones de fierro, cementerios de rascacielos a medio construir por la mala suerte repetida de México: se acabó la lana, llegó la crisis, entamaron al empresario, al funcionario, al mero mero, y ni así se acaba la corrupción, jodido país, chingado país, desesperado país como una rata sobre una noria, haciéndose la ilusión de que camina pero nunca cambia de lugar pero ni modo, allí estaba su chamba y en su chamba ella era buena, ella se conocía de pe a pa el trabajo en serie del ensamblaje (...)<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 233-234.

<sup>19</sup> Carlos Fuentes, *op. cit.*, pp. 259-260.

¿Qué entienden los autores sobre la “mexicanidad”, cómo la construyen, cómo la representan? ¿Cómo influyen las clases sociales? ¿Hay más privilegios? ¿Por qué a pesar de la diferencia de 47 años entre las dos novelas tanto Spota como Fuentes hacen hincapié en lo “criollito” o “güerito” del protagonista en oposición a los rasgos indígenas de sus compañeros? Tal vez porque ninguno escapa al coloquial “como te ven te tratan”. En *La frontera de cristal* durante el vuelo en primera clase a Nueva York, Leonardo Barroso, magnate en la exportación de servicios en la relación bilateral México-Estados Unidos comenta:

— ¿Por qué todos tan prietos, tan de a tiro nacos?

— Son la mayoría, don Leonardo. El país no da para más.

— Pues a ver si me buscan uno por lo menos con más cara de gente decente, más criollito, pues, me lleva. Es el primer viaje a Nueva York.

¿Qué clase de impresión vamos a hacer, compañero?<sup>20</sup>

Y es que pese al orgullo de sus exitosas gestiones internacionales “admitió que le molestaba ver el paso por la primera clase de tanto prieto con sombrero de paja laqueada, y por eso dejó de mirarlos. (...) Era un poco irritante pagar primera clase y tener que soportar el paso de gente mal vestida, mal lavada...”<sup>21</sup> Sólo un trabajador, en lo particular, merecía su atención: no llevaba sombrero e iba preparado para el clima frío neoyorquino, en realidad resultó sorprendente que fuese uno de los prestadores de servicios; él era distinto a todos, de porte diferente; de hecho “(...) deseó que todos fueran como este muchacho obrero pero con cara de gente decente, con facciones finas pero un mostachón como de mariachi bien dotado y, caray, menos moreno que el propio Leonardo Barroso”.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> Carlos Fuentes, *op. cit.*, pp. 193-194.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>22</sup> *Ibidem.*

En el caso de Spota, el autor tampoco escapa a la diferencia de imagen entre los mismos coterráneos, una de las escenas más significativas respecto al modo en que luce la mayoría de los mexicanos, se da bien entrada la novela, en uno de los campos donde un méxico-texano está por contratar personal:

Más de treinta mexicanos en fila y Paván avanzando hasta el extremo. —¡A la cola!— gritaron algunos de aquel rebaño desarrapado y miserable. Hombres todos ellos prietos y jóvenes, bien o mal vestidos, de mezclilla, kaki, o paño viejísimo y desteñado.<sup>23</sup>

Se nos presenta una apariencia general, estereotipada de los mexicanos; sin embargo en el caso de Paván es diferente, no pertenece a la mayoría, destaca por sus facciones y al igual que en el caso de Lisandro, es su pasaporte para poder ser considerado por el sexo opuesto en Norteamérica, para no pasar desapercibido en las contrataciones. . . .

Paván preguntó:

— ¿Cómo te llamas, paisa?

— Inocencio Gómez. Del puritito Jalisco. ¿Y tú?

— Paván, de México.

— ¿Chilango, eh? No pareces gente de trabajo. Hasta creía que tú también eras “bolillo” por güerito.<sup>24</sup>

Spota, mediante la constante adjetivación emitida tanto por los mexicanos como por los norteamericanos respecto a su visión de los unos con los otros, crea a lo largo de su novela un ambiente opresivo que sirve de encuadre a los estereotipos de ambas nacionalidades. Los Estados Unidos en realidad se circunscriben a la experiencia texana y ésta a unas cuantas localidades cerradas, campos de cultivo en Brownsville, Corpus Christi y Raymondville, entre otras.

<sup>23</sup> Luis Spota, *op. cit.*, p. 200.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 203.

Los personajes se saben miembros del más bajo peldaño de la escala social y de manera constante se comparan frente a otras etnias, en particular con el grupo afroamericano. Saben, además, que cada uno de ellos pierde identidad en la medida que su nombre no dice nada, no se trata de personas con “green card” y número de seguro social, sino que su valor radica en la fuerza laboral que ejercen como grupo, en la sumisión, obediencia y disponibilidad, y que cualquier contrariedad a las reglas no escritas significaría su deportación y sustitución por alguno de un ejército de espaldas mojadas siempre dispuesto a aceptar lo despreciado por alguien:

Lupe, Luis, Paván sintieronse repentinamente desconfiados. Advertían que ya no eran como antes, que no volverían a serlo. Experimentaban la permanente sensación de creerse observados, analizados por todos. Si alguien les enfrentaba el rostro, apresuraban el paso y torcían en la primera esquina. Si de lejos avistaban a un policía, desandaban en rodeo para evitarlo. (...)

“Si tuviéramos los cochinos papeles sería diferente”, se dijo. En efecto, lo sería para él, para Luis y Lupe; para ciento cincuenta o doscientos mil mexicanos ilegales en Texas. Más, ¿dónde conseguirlos? Este no era su problema máximo, sino que ya estaba allí, en Texas, al margen de la ley; dentro de la mano inexorable de esa ley.

Los papeles. Ser de otro modo. Poder pisar fuerte. Entrar a los cafés, a los cines. Pedirle, incluso, la lumbre a un policía para encender un cigarro y hablar con él sobre el tiempo y las cosechas. No sobre las muchachas que pasaban, como con los de México. Porque *aquí* eso era penado y daría ocasión a unas vacaciones en la cárcel. Y si el policía preguntaba: “¿Quién eres? ¿Dónde trabajas?” mostrarle su carnet del Seguro Social que lo acreditaba como trabajador reconocido que paga cuotas, que recibe atención médica si enferma.<sup>25</sup>

Por una parte nos encontramos con su autovisualización como grupo de ilegales, pero por otra con la manera en que son

<sup>25</sup> Luis Spota, *op.cit.*, pp. 41-42.

considerados por los norteamericanos, el valor que se les da por su desempeño laboral: “— Si cuatro semanas más querer trabajo, vengan aquí. Gustarme los mexicanos. Gente buena, ustedes. Blancos y cochinos negros demasiado dólares, comen mucho, trabajan poco. ¡No servir!”.<sup>26</sup>

A lo largo de la obra se filtra un razonamiento que se acepta como válido tanto por los mexicanos como por los propios norteamericanos: que el “mojado” es mejor esclavo y menos exigente que los blancos o los negros. En una de las conversaciones que tuvo Paván con Chebo quedó claro que todos en aquella localidad texana hablaban español y ello debido al origen; sólo hablaban también el inglés los trabajadores de la gasolina y el contratista que era méxico-americano:

— Entonces, ¿puros mojados?

— Ni más ni menos. Todos los somos. ¿verdad? Aquí siempre hay trabajo para los que tengan ganas de encontrarlo. Trabajo y dinero. Nosotros, los “chicanos”, nunca venimos para irnos con nuestros propios honores. Venimos y nos quedamos. Y nos ofrecen qué hacer. Somos mejores, más aguantadores y menos melindrosos que los gringos o que los negros. Los patrones tienen buen colmillo y lo saben y nos buscan...<sup>27</sup>

A lo largo de tres grandes secciones con 17 apartados también subdivididos, en un tiempo que se antoja inagotable pero que en realidad son tan sólo ocho meses, una y otra vez se pone de manifiesto que enfrentarse al “Otro”, no es únicamente a los norteamericanos rubios, sino esa otra alteridad del norteamericano con orígenes mexicanos, pero que no siente la menor empatía por los recién llegados ni puede ni quiere identificarse con ellos. ¿Qué une, entonces? Las ligas emocionales respecto a uno u otro país con respecto a la frontera. La “alteridad” que sacude es simplemente el eslabón que intermedia entre la mano de obra trabajadora y los dueños de los

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 112-113.

sembradíos. Individuos con un español arcaico que les viene de sus abuelos pero que al haberse asimilado al nuevo territorio hablan el inglés como lengua madre.

La opresión constante es no sólo del recién llegado, sino la participación que permite Spota a su lector para testificar la realidad de un grupo que pese a ser norteamericano continúa y continuará, de generación en generación con su fenotipo no aceptado por el grupo mayoritario, puesto que es sinónimo de mexicanidad y por lo tanto corrupción: la ecuación simplificada que producen los estereotipos. Por ello, en el pensamiento de Paván al inicio de la novela, al saberse del otro lado de la frontera y compararse con los otros se dice:

¿Comprendes cómo no será fácil? —segúan diciéndole sus meditaciones—. Andas ya desde anoche a salto de mata. Vivirás para adentro, doblado dentro de tu cuerpo. No habrá mano abierta de amigo, sino puño cerrado para golpearte si no cumples. ¿Has visto que eres mexicano, greaser; que no sólo es el gringo tu enemigo sino también los que llevan la sangre de tu raza? Estos, los más implacables...<sup>28</sup>

Y según avanza la novela y nuestro personaje con el grupo de amigos van de un campo de cultivo a otro, conociendo a diferentes contratistas, simplifican más las conclusiones respecto a las personas que tratan, como “los que tienen la sangre de uno pero nacieron en Estados Unidos”: “—¿Viste a Mascorro? Igual que el gringo: hipócrita. Esos son los peores. Lamen los pies del patrón y te dan de patadas, aunque sean tan mexicanos como tú, tan indios como uno. Cuídate de él y de sus chismarajos...”,<sup>29</sup> o bien la apreciación hecha a la comunidad “El Cielo”: “—En El Cielo se vive mejor sin mexicanos —comentó Paván, pensando en los sitios donde habían trabajado, y donde sus peores enemigos habían sido las gentes de su sangre, de su raza, de su idioma y color”.<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Luis Spota, *op.cit.*, p. 41.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 191.

La experiencia con los México-americanos desconcierta porque el migrante esperaría en un primer momento tratar con un paisano, con un coterráneo por el aspecto físico que presentan; sin embargo, es el primer enfrentamiento con la alteridad: costumbres y lengua inglesa se unen para demostrar que son otros:

(...) ¡Como fueran, doce dólares a la semana siempre son buenos para un mestizo de dos países con indios!

— ¿Es usted mexicano también? —investigó Paván.

— ¡Oh, no! Americano. Nací en *Pharr*.

El acento pretendía ser yanqui y no resultaba más que un ruido nasal.

— Mis viejos nacieron en México. Pero yo no; yo nací aquí, en los *States*. Soy ciudadano del Sur.<sup>31</sup>

En algunos casos se alude a la combinación del inglés y el español para expresarse, a la nula empatía por los recién llegados y a la violencia que puede esperarse de ellos así se trate de una mujer; de hecho la imagen resulta vivida por la ausencia de compasión o ternura:

En menos de un minuto se formó una apretada aglomeración de gentes, que hacían comentarios en español, en inglés.

— Es un mojado; no tiene importancia.

Un hombre y una mujer —ella tenía todos los dientes de enfrente forrados de oro— comentaron al pasar: hablaban un mal inglés mezclado con un peor español:

— Miralo nomás... Tratando de pasarse y sin papeles.

— Así son todos esos mexicanos —remachó el hombre.

— ¡Que le peguen! ¡*More, more!* —decía ella, prieta y violenta, cuando la cachiporra caía y subía para de nuevo volver a caer.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 148.

Es en el cuento “Las amigas” dentro de *La frontera de cristal*, donde mejor puede apreciarse la relación entre mexicano-americanos con mexicanos:

Muchos vinieron a trabajar a las empacadoras, algunos documentados, otros no, pero todos sumamente apreciados por su gran habilidad manual en cortar y empacar la carne. (...) la gran familia formada por los trabajadores, casi todos provenientes de Guerrero, todos ellos ligados entre sí por parentesco, afecto, solidaridad y a veces nombres compartidos. Se ayudaban mucho, eran como una gran familia, organizaban fiestas y como todas las familias, reñían. Una noche hubo pleitos y dos muertos. La policía no se anduvo por las ramas. Los asesinos eran cuatro, uno de ellos se llamaba Pérez, tomaron a cuatro Pérez, los acusaron, ellos casi no hablaban inglés, no se pudieron explicar (...) <sup>33</sup>

Con lo que el autor pone de manifiesto uno de los grandes problemas que han vivido los migrantes mexicanos en Estados Unidos: ser acusados injustamente y no poder defenderse por no dominar el inglés. Hay, no obstante, otra situación vivida por los nacidos allá pero de antepasados mexicanos, como ocurrió en los motines del pachuquismo, donde a los pachucos se les acusaba de armar disturbios y asesinar; no importaba que ellos hablaran el inglés e intentaran defenderse, el puro hecho de tener apellidos mexicanos y “ser descendientes de aztecas” revelaba el grado de crueldad al que podían llegar. <sup>34</sup>

En “Las amigas”, el abogado Archibald no da crédito a lo injusto de las acusaciones y pregunta a su clienta:

<sup>33</sup> Carlos Fuentes, *op.cit.*, p. 166.

<sup>34</sup> Conviene recordar el caso de “Sleepy Lagoon” durante el pachuquismo en California. Hubo una fiesta en la que los invitados eran mexicano-americanos, hubo un pleito callejero y un miembro de la pandilla de la calle 38 resultó golpeado. Al día siguiente se encontró el cadáver de José Díaz y se culpó y metió a la cárcel a dicha pandilla. Carey McWilliams (periodista y abogado) organizó un comité de defensa para los implicados; se les acusó de comunistas y se les hostigó, pero en 1944 se ganó el caso por falta de pruebas.

Pero, ¿por qué delataron injustamente unos mexicanos a otros?

— Los que llegan primero no quieren a los que vienen detrás. A veces, somos injustos entre nosotros mismos. No nos basta que otros nos maltraten.

— Creía que eran como una gran familia.

— En las familias ocurren las peores cosas, señor.<sup>35</sup>

Existe una tercera consideración en cuanto a la visualización de la otredad que los dos autores consideran en sus novelas, y es que tampoco se salva de ser estereotipado el grupo mayoritario y de poder, es decir los norteamericanos. No se puede confiar en ellos. Spota los representa en tal forma que en cierto sentido justifica el que los mexicanos lleguen a mostrar la parte más primitiva de su ser, que quieran robar y matar, pues a ello se les orilla. La ética protestante se observa en el celo por el trabajo: “El gringo no es como tú, como los hombres de tu tierra: es duro. Trabajas y comes. No trabajas y te mueres de hambre”.<sup>36</sup>

En un pasaje verdaderamente irónico, Spota habla de una comunidad agrícola denominada El Cielo, donde Paván y sus amigos se sintieron en el verdadero paraíso y ello, por paradójico que resulte, obedece al trato recibido en otros campos de cultivo:

El patrón era duro como todos, pero no cruel. Ni los llamaba hijos de perra ni cosas por el estilo. Cuidaba mucho sus palabras y el nombre de Dios no se le caía de los labios. Si acaso, animales, burros, o bestias, pero todo con buenas palabras. Y cuando su enojo era mayor: ¡mexicanos! Se les pagaba puntualmente y la comida era limpia.<sup>37</sup>

A lo largo de la novela se emplea un tono *in crescendo* para referirse a los casos más salvajes de tortura de los norteamericanos

<sup>35</sup> Carlos Fuentes, *op.cit.*, p. 167.

<sup>36</sup> Luis Spota, *op.cit.*, p. 141.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 190.

contra los mexicanos, uno de los más temidos personajes del Sur es Simón Donaghue, miembro del Ku-Klux-Klan, en quien se observa el más exacerbado racismo. Se cuenta que en una ocasión un mexicano trató de defenderse por haber sido pateado en el trasero:

El "paisano" se tragó su coraje, hasta esa noche, cuando buscó al capataz y quiso meterle un destornillador en el estómago. Le falló el primer golpe y soltó el fierro. Luego consiguió golpearlo con el puño, pero el gringo pudo más que él. Le pegó hasta dejarlo como a un Cristo. Se hizo el gran escándalo. Aunque el americano estaba medio matando al otro, ninguno se atrevió a meterse.<sup>38</sup>

Podemos percibir en el mismo pasaje el tono hiperbólico de la imagen crítica y este recurso empleado por Spota de que a los mexicanos se les orilla a actuar como criminales, pues en el momento del oprobio matutino el trabajador no reaccionó, sino hasta después y a traición, en la noche y con la intención de clavarle un instrumento punzo cortante.

Casi al final de la novela, mientras Paván se encuentra en prisión, recibe la visita de un sacerdote que trata de persuadirlo de que en Texas la comunidad es temerosa de Dios, asiste a la iglesia de manera periódica y sus gracias son repartidas entre todos. Los patronos son razonables y si actúan en la forma que lo hacen es porque los mexicanos se lo merecen. Con esta escena Spota muestra la diametralidad de pensamientos entre una y otra cultura:

Tú conoces la raza: es pendenciera, rebelde, mala en una palabra. Y el patrón tiene que ser, como te digo, enérgico y recto, pues de otro modo, los paisanos se crecerían demasiado y harían estupideces. ¡Ellos saben lo que hacen! Además, ten en cuenta que los *mojados* tampoco valen un comino...<sup>39</sup>

<sup>38</sup> Luis Spota, *op.cit.*, p. 109.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 230.

Fuentes, por su parte, realza la dignidad de los personajes mexicanos ante las más desagradables provocaciones norteamericanas; además del toque humorístico que imprime aún en las situaciones más solemnes. En “Las amigas”, por ejemplo, Josefina (una México-norteamericana) entra a prestar servicios de limpieza en casa de *Miss Amy Dunbar* quien debido a su carácter insoportable no ha sido capaz de que le dure ninguna trabajadora doméstica; de hecho al ser de Nueva Orleans tiene los aires de grandeza del viejo Sur y pretende que su servidumbre sea negra, pero las negras de Chicago (que es donde ahora vive) se han puesto de acuerdo para no trabajar con ella. Su sobrino Archibald (abogado del mexicano que ha sido encerrado injustamente) recomienda a Josefina:

— Hemos encontrado a una señora mexicana dispuesta a trabajar con usted.

— Tienen fama de holgazanes.

— No es cierto. Es un estereotipo.

— Te prohíbo que toques mis clichés, sobrino. Son el escudo de mis prejuicios. Y los prejuicios, como la palabra lo indica, son necesarios para tener juicios. Buen juicio. Mis convicciones son definidas, arraigadas e inmovibles. Nadie me las va a cambiar a estas alturas.

(...)

— Los mexicanos son holgazanes.

— Haga una prueba. Es gente servicial, acostumbrada a obedecer.<sup>40</sup>

Durante la trama nos enteramos de que *Miss Dunbar* espía a Josefina, le pone trampas como para inducirla a curiosear entre sus cosas o robarle, pero nada funciona, incluso los momentos en que dialoga con la sirvienta y le hace comentarios rudos:

— ¿Sabes por qué estoy convencida que Jesús me ama? —dijo *Miss Amy* subiéndose las cobijas hasta el mentón (...)

— Porque usted es muy buena, señorita.

<sup>40</sup> Carlos Fuentes, *op.cit.*, p. 165.

— No, estúpida, porque me hizo blanca, ésa es la prueba de que Dios me quiere.

— Como usted mande, señorita.

¿Nunca iba a responderle la mexicana? ¿Nunca se iba a enfadar con ella?<sup>41</sup>

Otra temática es la asimetría en la paridad peso-dólar y la manera en que se elabora un constructo imaginario de la multiplicación en México, pero que durante la estancia en territorio extranjero y de acuerdo a los estándares de vida allá se convierte en nada. Ante el exceso de oferta por parte de los trabajadores mexicanos, los norteamericanos pueden ofrecer cada vez menos porque saben que para las vacantes siempre habrá alguien dispuesto a ocuparlas. En los migrantes esto causa el desencanto de saberse en el peldaño más bajo de la sociedad, en cómo es regateado su trabajo so pretexto de no delatarlos ante la migra:

¿Cómo no huir, temer, recelar, desconfiar? “Te pueden pescar”, empezaron a hablarle sus pensamientos (...) “Te pueden pescar en cualquier momento. A los *mojados*, no los quieren cuando andan, como tú, por los caminos. Si tuvieras ya un trabajo sería distinto. La patrulla pararía junto a ti. Quizá hasta sonriera, porque estabas ayudando a la cosecha; recogiendo tomates, el repollo, las naranjas, el algodón que necesitan los granjeros. Nada te haría mientras seas útil. Pero ellos, los patrulleros, no permitirán que vagues por los campos. Te pescarán porque no eres carne de surco, porque no representan tus brazos ni tus veintes años un factor de producción. Consigue ese trabajo, consíguelo. Necesitas producir un dólar si deseas permanecer y ganar cinco centavos. El *Border Patrol* tiene mil ojos, un millón de ojos. Estarás siempre en su garra, mientras sigas así, caminando, caminando. Quieres cien dólares –trescientas horas de sudor– para ir al norte. ¿No dijiste que sería fácil conseguirlos? Ahora depende de ti, de tu fuerza y de tu resistencia. Te acecharán y no podrás defenderte; tendrás que ser humilde. (...)”<sup>42</sup>

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 173.

<sup>42</sup> Luis Spota, *op.cit.*, p. 41.

En otros casos resulta muy claro desde el momento de la contratación lo que por productividad debe entenderse, un mano a mano entre quien trabaja y quien paga, aunque una vez más el sesgo sea injusto respecto a la paga que reciben los oriundos de Norteamérica: “—Pago —el patrón entonó la voz para que todos oyeran— para que trabajen. Cada dólar que les doy será a cambio de cien centavos de provecho. Al que no esté conforme, se le dará la liquidación y podrá irse”.<sup>43</sup> Lo interesante es que, a pesar de esta situación, para miles de trabajadores mexicanos vale la pena lanzarse a la aventura migrante debido a que lo ganado allá y enviado a México en remesas, supera con creces el ingreso que cualquiera de ellos podría tener viviendo aquí.

El fenómeno resulta complejo en tanto son múltiples las comunidades expulsoras mexicanas que se han visto beneficiadas con tales prácticas: Guanajuato, Jalisco, Zacatecas, Michoacán... No puede hablarse de una calidad de vida para el migrante en sí debido a que ganan en dólares y sus gastos al permanecer en los Estados Unidos deben ser en la misma moneda; el esfuerzo que deben hacer por no excederse en sus gastos cotidianos y juntar lo suficiente para enviar a sus hogares es enorme, orgullo para muchos connacionales y alivio en la economía nacional.<sup>44</sup>

En Fuentes se da por sentado el beneficio económico del trabajador migrante, y su manera de abordar la temática puede ser tanto seria como jubilosa. En *La frontera de cristal* se cuestiona el desempeño de los gobiernos mexicanos y la manera en que han venido afectando a la población que se ha visto en la necesidad de cambiar sus planes de vida y aceptar empleos de servicio en los Estados Unidos que de otra manera

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>44</sup> Durante el salinato el programa “Solidaridad” resultó clave para que en muchas comunidades rurales y expulsoras pudieran llevarse a cabo obras de alumbrado, drenaje y pavimentación, ello fue posible gracias al apoyo de las remesas de la comunidad migrante en un fondo común con dicho programa.

no habría aceptado. Pongamos por caso a las trabajadoras de la maquila en “Malintzin de las maquilas”, donde a pesar de lo robotizado de su desempeño, no están obnubiladas como para perder consciencia y saber que jamás podrán ascender, que todos los movimientos en su empleo son laterales. Conscientes están además de su papel como “jefecitas de familia”, donde son ellas las del empleo seguro y los papeles con el hombre se invierten pues en algunos casos, al estar él desempleado debe quedarse a cuidar a los hijos y atender el hogar; dicha situación se conoce como “el famullo”. En “La raya del olvido” el tono es también serio, se habla de las diferentes generaciones de la familia Barroso y como ésta se escinde poniendo al descubierto las posibilidades que existen para los migrantes, desde quien es considerado izquierdoso y “looser” como Emiliano hasta el exitoso “self-made man” que es su hermano Leonardo. La descendencia del primero, pese a vivir de hijo en los Estados Unidos no ha pasado de servicios como preparar burritos en Taco Bell o ser dependiente en Woolworth.

Pese al tono serio y hasta sarcástico utilizado por Fuentes en el tratamiento a sus personajes, también da el tono humorístico y sorprendente. El migrante es la encarnación de la caricatura estereotipada (el indígena del jorongo durmiendo contra un sahuaro) y el autor le insufla vida, le concede narrar su historia y demostrar que él se la ha pasado muy agradablemente en su ocupación casi robotizada. En el cuento “El despojo”, el gran chef mexicano Dionisio “Baco” Rangel de manera regular hace dos giras al año en Universidades norteamericanas para enseñar a los *gourmets*; su idea es reconquistar el territorio mexicano perdido en 1848 pero esta vez por medio del paladar. Un día, durante una de sus andanzas ve algo que le sorprende:

Se detuvo en su carrera frente a un aparador de la American Express. Un manequí (*sic*) representando a un mexicano típico dormía la siesta apoyado contra un nopal, protegido por su sombrero ancho, vestido de peón, con huaraches. El clisé indignó a Dionisio, entró violentamente a la

agencia de viajes, sacudió al manequí (*sic*) pero el manequí (*sic*) no era de palo, era de carne y hueso, y exclamó, "Vóytelas, ya ni dormir lo dejan a uno".

Los empleados gritaron, protestaron, deja en paz al pi-ón, déjalo hacer su trabajo, estamos promocionando a México, pero Dionisio lo arrastró fuera de la agencia, lo tomó de los hombros, lo agitó, le preguntó quién era, qué hacía allí, y el modelo mexicano (o mexicano modelo) se descubrió respetuosamente.

— No está usted para saberlo, pero llevo diez años perdido aquí...

— ¿Qué dices? ¿Diez qué? ¿Qué qué?

— Diez años, jefecito. Entré un día y me perdí en los vericuetos aquí, ya no salí más, y como aquí me contratan para dormir siestas en aparadores, y si no hay chamba puedo colarme y dormir a gusto en colchones o camas de playa, comida sobra, la abandonan, la tiran, viera usted...<sup>45</sup>

El encuentro entre Dionisio y su "alter ego naco" (según lo considera), nos pone de manifiesto que el primero quiere realizar una misión salvífica con alguien que en realidad se ha sentido muy a gusto en el país del norte y que si entró a él fue por mera casualidad, pero también nos deja ver que Dionisio, pese al descubrimiento cultural que hace de la relación entre comunidad y alimentos (motivo de su desencanto con los Estados Unidos), también considera que si los territorios del suroeste norteamericano que los dos están recorriendo les gusta es porque literalmente "el hombre blanco" ha metido mano:

— ¿A dónde vamos, jefe? ¿No me saque de aquí! ¿No se da cuenta de lo que nos cuesta entrar a Gringolandia? ¿Yo no quiero regresarme a Guerrero!

— Entiende una cosa. Yo no tengo prejuicios.

— Es que a mí me gusta todo esto, el shopping donde vivo, la tele, la abundancia, los edificios altos.

— Ya sé.

— ¿Qué, patrón, usted qué sabe?

<sup>45</sup> Carlos Fuentes, *op. cit.*, p. 97.

- Todo esto que vemos no existiría si los gringos no nos despojan de estas tierras. En manos de mexicanos esto sería un gran erial.
- En manos de mexicanos...
- Un gran desierto, esto sería un gran desierto, de California a Texas. Te lo digo para que no me creas injusto.
- Sí, jefe.<sup>46</sup>

Una última temática abordada en *La frontera de cristal* y en *Murieron a mitad del río*, es la relación con las anglosajonas. Las “güeras” toman la iniciativa, sólo que en el caso de Luis Spota las mujeres de piel blanca son las tremendamente codiciadas por todos los migrantes que no pueden aspirar a poseerlas (el único fue Paván y ya está dicho que él era físicamente diferente al resto de sus compañeros). En general las mujeres que aparecen en su obra están estereotipadas como las “malas” pues son prostitutas de cantinas; incluso la mujer del capataz es su querida, la conoció en un prostíbulo y tiene el pelo rojo, con lo cual físicamente se le atribuye un rasgo de maldad. Ella es quien mantiene económicamente a Paván, lo cual genera envidias entre sus coterráneos. Por otra parte, las mujeres mexicanas son morenas, gordas, de mal carácter, ambiciosas, oportunistas y feas, son las esposas de los mexicanos que viven del otro lado y no pierden oportunidad de afectar a los nuevos migrantes exigiendo a sus maridos tarifas determinadas por alojamiento y alimento así como pago por adelantado.

Las relaciones exógenas son casi imposibles, circunscribiéndose a los guetos, incluso en las cantinas y en un ambiente de prostitución resalta a la luz que los límites fronterizos son también culturales y raciales. Así, en ese ambiente los norteamericanos ahí retratados quedan como lo más abyecto y deleznable de la comunidad blanca: territoriales, golpeadores y racistas:

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 99.

— ¡Miren con quién está! —Su dedo índice, en la punta del brazo poderoso—: ¿Con una muchacha blanca! ¡Un mexicano piojoso con una muchacha texana!

(...)

— Un grasiento con una de nuestras mujeres... Con una blanca...

Los borrachos cerraron más el cerco, feroces las caras, los ojos, los puños, algunos ya armados de botellas.

— ¿Por qué no vas con las negras... o con las mexicanas? ¡Piojoso... hijo de perra!

— ¡Vamos a lincharlo! —gritaron algunos, enardecidos.

Simón se les enfrentó, con los brazos abiertos, demandando paciencia:

— *Take it easy...*! Esto es cosa mia... Yo... lo voy a despellejar como a un gato... ¡Como a un miserable gato mexicano! Para que sepa... que las mujeres blancas —se inclinó para levantar a la prostituta que había tirado al jalarla. La cobijó amorosamente— ...que nuestras mujeres... ¡sólo son para nosotros!<sup>47</sup>

En el caso de Carlos Fuentes el espectro es mucho más amplio, pero aún así no se libra de los estereotipos, por un lado la rubia neoyorquina, Audrey, que usa trenzas (¡cuando una de las características es el sentido práctico en la mujer norteamericana y la tendencia a utilizar el cabello corto!). ¿Qué impresión, sin embargo, podría causar en el cuento “La frontera de cristal” que en plena época navideña, en una fría y nevada escena, en un edificio de cristales, la ejecutiva de publicidad sea representada así? Es alimentar una proyección digna de un cuento de hadas, mitifica a la mujer desconocida y reverbera con las mejores cualidades investidas en los cuentos folclóricos:

La transparencia del cristal fue develando el rostro de ella. La iluminación de la oficina iluminaba la cabeza de la mujer desde atrás, dándole a su cabellera castaña la suavidad y el movimiento de un campo de cereales

<sup>47</sup> Luis Spota, *op.cit.*, p. 144.

cuyas espigas se enredaban en la bonita trenza rubia que le caía como un cordón por la nuca. Allí en la nuca se concentraba más luz que en el resto de la cabeza. La luz de la nuca mientras ella apartaba la trenza blanca y tierna, destacando la rubia ondulación de cada vello que ascendía desde la espalda, como un manojo de semillas que van a encontrar su tierra, su fertilidad gruesa y sensual en la masa de cabellera trenzada.<sup>48</sup>

Por otra parte hace una comparación entre las mujeres mexicanas y las norteamericanas, pero adornando con el imaginario de un vidrio de por medio, los rayos del sol, la nostalgia, la ilusión y las proyecciones de sus propias necesidades:

La mirada bastó. No esperaba encontrar melancolía en los ojos de una gringa. Le decían que todas eran muy fuertes, muy seguras de sí mismas, muy profesionales, muy puntuales, no que todas las mexicanas fueran débiles, inseguras, improvisadas y tardonas, no, para nada. Lo que pasaba era que una mujer que venía a trabajar los sábados tenía que serlo todo menos melancólica, quizás tierna, quizás amorosa. Eso lo vio claramente Lisandro en la mirada de la mujer. Tenía una pena, tenía un anhelo. Anhelaba. Eso le decía la mirada: —Quiero algo que me falta.<sup>49</sup>

Michelina, por otra parte, pese a la simetría de su rostro y a la cuasi perfección de su físico, no escapa al estereotipo de la mujer morena, sensual y pérfida, en el tripartita papel que desempeña como ahijada, nuera y amante de Leonardo Barroso, el acaudalado mexicano que vive en la frontera y como hombre de negocios puede realizar tratos para llevar a trabajadores documentados: “A ella, para qué más que la verdad, le gustó su padrino. Era un hombre de cincuenta años de edad, veinticinco más que ella (...)”.<sup>50</sup> La intención de su padrino fue casarla con su hijo apocado, casi anacoreta y con un defecto en la boca (¿labio leporino?) y así fue, pero desde antes él y la

<sup>48</sup> Carlos Fuentes, *op.cit.*, p. 206.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 207.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 12.

nuera se hicieron amantes y con ello se aseguró que el hijo no casadero tuviera esposa y que ella tuviera suficiente riqueza material como para apoyar el estilo de vida de su familia:

Leonardo no estaba borracho. Su horizonte tenía un límite: la frontera con los Estados Unidos. El aire de la noche súbita lo despejó aún más, le aclaró las ideas y la mirada. Manejaba con una mano. Con la otra, apretaba la de Michelina. Le dijo que le apenaba tener que decirlo, pero ella debía comprender que tendría cuanto quisiera, no quería alardear, pero para ella sería todo el dinero, todo el poder, ahora sólo veía el desierto encuerado, pero su vida podía ser como esa ciudad encantada del otro lado de la frontera, torres de oro, palacios de cristal...

Sí, le dijo ella, lo sé, lo acepto.<sup>51</sup>

Podemos observar que aquel imaginario con el que partieron los migrantes de *Murieron a mitad* del río se ha transformado en el devenir de ocho meses y ha recreado un México inexistente debido a la nostalgia que tiene lugar una vez iniciada la diáspora:

Comprendió Paván que existía la nostalgia, que ni él mismo estaría a salvo de ella; y fue a acostarse y a pensar. Antes no había tenido ocasión de entender que ese vago sentimiento de arraigo al pasado, a la tierra, a las costumbres y al modo de ser de la que se llama vida anterior, fuera tan fuerte, tan poderoso, tan nocivo en realidad.<sup>52</sup>

Una vez que Paván es deportado a México y tras algunos días en prisión, hace un balance de los ocho meses ahí transcurridos, algo cambió desde el momento en que junto con sus amigos cruzó el río y ahora que retornaba no era igual, sufrió alguna transformación, algo que tal vez físicamente no era palpable pero sí interiormente y a los norteamericanos los etiquetó con el mismo apelativo:

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>52</sup> Luis Spota, *op. cit.*, p. 75.

Pero ya no era igual. Lo sabía, mientras abandonaba la recta del camino y comenzaba a correr a campo raso, respirando hondamente. No era igual él mismo, aunque el paisaje no hubiese variado en los meses transcurridos. No podía serlo. Dejó de ser José Paván, como los que cruzaron o volvieron antes, desde el minuto mismo en que salvó la mitad del río; en que avanzó el primer paso en el agua ya texana.

No era el mismo. El “otro lado” lo había cambiado. Ahora regresaban siguiendo las huellas de quienes lo antecedieron; sintiendo sus mismos sentimientos de fracaso, dolor y rabia. Pero volvía distinto: murió del otro lado, no en lo físico como Lupe, sino en lo espiritual. Texas, y lo que encerraba, operaron la transformación: regresaba amargado, endurecido, frustrado.

Como un trozo de hierro que no alcanzó a templarse; o que se templó defectuosamente, con fallas irreparables. ¡No, no era el mismo! Su muerte quedó en el agua; y luego, aunque sonara extraño, sobrevino la agonía del hambre, de los campos en que regara sudor y coraje, de los patrones que lo maltrataron. Y después de cincuenta semanas; en el rápido balance, no quedaba nada grato, nada que no fueran las horas de Los Fresnos, con Leslie.

— ¡Gringos, hijos de perra!

Podía decirlo sin que nadie lo golpeará. Lo repitió otra vez.

Luego, sin dejar de correr, estrelló el frasco contra las piedras y vio cómo aquella tierra del *otro lado* —aquella tierra con sangre— se mezclaba con la que aplastaban sus pies.<sup>53</sup>

En cambio, en *La frontera de cristal*, pese a que son diferentes los tipos de migrantes que se muestran al lector y diferentes las vivencias de frontera y trabajo, observar la historia de José Francisco “Joe Frank”, nos habla de otro tipo de riqueza que nada tiene que ver con los dólares y las cuestiones materiales, se trata de algo intangible pero que puede hacerse tangible y es el poder que da la escritura: rescatar las voces, las historias, la esencia de una identidad:

<sup>53</sup> Luis Spota, *op.cit.*, p. 236.

(...) él quería hacerse oír, quería escribir cosas, quería darle voz a todas las historias que oía desde niño, historias de inmigrantes, de ilegales, de pobreza mexicana, de prosperidad yanqui, pero historias sobre todo de familias, ésta era la riqueza del mundo fronterizo, la cantidad de historias insepultas, que se negaban a morir, que andaban sueltas como fantasmas desde California hasta Texas, esperando quién las contara, quién las escribiera. José Francisco se convirtió en coleccionador de historias. (...) y cuando empezó a escribir, a los diecinueve años, le preguntaron y se preguntó, ¿en qué idioma, en inglés o en español?, y primero dijo en algo nuevo, el idioma chicano, y fue cuando se dio cuenta de lo que era, ni mexicano ni norteamericano, era chicano, el idioma se lo reveló, empezó a escribir en español las partes que le salían de su alma mexicana, en inglés las que se le imponían con un ritmo yanqui (...) — Yo no soy mexicano. Yo no soy gringo. Yo soy chicano. No soy gringo en USA y mexicano en México. Soy chicano en todas partes. No tengo que asimilarme a nada. Tengo mi propia historia.<sup>54</sup>

## Conclusión

Finalmente, ¿qué plantean los dos autores a 47 años de distancia el uno del otro? Que la relación bilateral México-Estados Unidos es compleja, pero que la migración al otro lado de la frontera obedece primordialmente a las condiciones políticas, sociales y económicas de este país expulsor y que las ilusiones rotas en casa están destinadas a no ser superadas una vez realizado el cruce territorial. Parece que la brecha entre la nostalgia del socorrido “Como México no hay dos” y el enojo por las crisis sexenales no puede ser subsanado. ¿México existe o es una mera ficción? Podría contestarse que su existencia es obvia: hay territorio, Constitución, idioma(s), población... pero el sentido metafórico de esta pregunta cuestiona el papel caricaturesco entre un gobierno y otro. Los autores dejan de lado que en ambas partes de la frontera hay un beneficio

<sup>54</sup> Carlos Fuentes, *op. cit.*, p. 281.

real que sustenta la economía de los dos países. Estados Unidos se vuelve competitivo en sus transacciones comerciales internacionales y en México, las remesas recibidas constituyen junto con la venta del petróleo, uno de los más importantes ingresos nacionales.

La mirada oblicua y visceral de Luis Spota se aclara en cierta forma si tomamos en cuenta que durante su temprana juventud vivió la experiencia de ser un mojado, volver a México y llegar a ser el periodista que fue a una edad temprana. Su novela es testimonial y se concentra en un único tipo de migrante; en el caso de Carlos Fuentes existe una mayor exposición de las paradojas que entraña la relación México-Estados Unidos y también una mayor exposición a las diferentes generaciones de migrantes si tomamos en cuenta la clasificación hecha tanto por Cuéllar como por Álvarez. Los migrantes de Spota cruzan el río Bravo y nunca pasan de Texas; en Fuentes se cruza el cielo en vuelo de primera clase con los documentos en orden y se llega a Nueva York. Tal vez éste sea uno de los elementos más dramáticos entre el encuentro de personajes oriundos de las ciudades más grandes y pobladas del mundo: las ciudades de México y Nueva York, donde en medio de las multitudes y la tecnología, en medio de las oportunidades laborales que pudieran ofrecerse en uno u otro lado de la frontera, la infinita soledad y anonimato de los seres humanos no es mitigada.

Parecerían historias de pesos y centavos, de dólares e ingresos fijos, de denuncia gubernamental, de anécdotas más o menos llamativas o interesantes, pero hay un trasfondo de cuestionamiento por el ser: a dónde se va en la vida va más allá de las fronteras geográficas, es un cruzar nuestros propios límites, reconocer nuestros enojos y nostalgias además de nuestros anhelos. A final de cuentas el ser migrante de México a Estados Unidos es únicamente la oportunidad de reconocer nuestro peregrinar en la Tierra.

## Bibliografía

- Connor, Walker. (Editor). *Mexican-Americans in Comparative Perspective*. The Urban Institute Press-Washington, D.C. Estados Unidos, 1985.
- Fuentes, Carlos. *La frontera de cristal. (Una novela en nueve cuentos)*. Alfaguara. México, 1995. pp. 185-212.
- Garza, Rodolfo O. de la. *The Mexican American Experience. An Interdisciplinary Anthology*. University of Texas Press, Austin. USA, 1985.
- Méndez-Ramírez, Hugo. "Estrategias para entrar y salir de la globalización en *La Frontera de Cristal* de Carlos Fuentes" en *Hispanic Review*, vol. 70, núm. 4. Otoño, 2002.
- Morales, Ana María. *Territorios ilimitados: el imaginario y sus metáforas*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos y Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco. México, 2003.
- Ramírez Grajeda Beatriz (coord.). *De identidades y diferencias. Expresiones de lo imaginario en la cultura y la educación*. Serie Estudios. Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades. Universidad Autónoma Metropolitana. México, 2007.
- Samora, Julián; Vlandel Simmon, Patricia. *A History of the Mexican-American People*. University of Notre Dame Press. Estados Unidos, 1977.
- Spota, Luis. *Murieron a mitad del río*. Grijalbo. México, 1985. (1ª.ed. 1948)
- \_\_\_\_\_. Tocqueville, Alexis de. *Un perfil de Norteamérica*. FCE. México, 1997.
- \_\_\_\_\_. Villanueva, Tino. (comp.) *Chicanos. Antología histórica y literaria*. FCE. Colecc. Tierra Firme. México, 1994.

## Bibliografía adicional sugerida

- Eco, Umberto. *Interpretación e historia*. Cambridge University Press. USA, 1995.
- García, Canclini Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo. México, 1990.
- Maalouf, Amin. *Identidades asesinas*. Alianza Editorial. España, 2001.
- Valenzuela Arce, José Manuel. *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdés Editores. México, 2000.
- Villoro, Luis. "Sobre la identidad de los pueblos" en Ruiz, Ramón Eduardo; Ruiz, Olivia Teresa. (eds.) *Reflexiones sobre la identidad de los pueblos*. El Colegio de la Frontera Norte. México, 1996.